

30/10/1868, p.2

meda acuar. los es el de... (vertical text on the left margin)

llamarse impune un acto calificado de delito... El señor vicepresidente: El parece al señor diputado por la Unión, siendo la hora avanzada, suspenderemos la sesión, quedando su señoría con la palabra.

# El Ferrocarril.

SANTIAGO, VIERNES, OCTUBRE 30 DE 1868.

El cable transatlántico, que comunicó al nuevo al viejo mundo, ha traído en pocos minutos a América, en pocos días a Chile, la grave pero no inesperada noticia de una gran revolución en España.

Estamos en tiempos de prodijio: la Italia independiente, la España república! ¿Qué causas tan estrañas han podido minar en la península un trono que resistió a ocho siglos de combate con los moros, al ascudimiento de pasiones i de ideas que provocó la revolución francesa, a la espada, invencible de Napoleón, al movimiento democrático i republicano de 1848, a los conquistadores de espada i de principios, a los revolucionarios armados o desarmados que mas de una vez han trastornado las sociedades i las dinastías de la vieja Europa?

Hé aquí un tema digno de la meditación de los pueblos i de los gobiernos. Hé aquí, sobre todo, un fenómeno que han de examinar, con la mas seria atención, los hombres que dirijen en América los fragmentos del viejo imperio español, las estrellas cadentes, digámoslo así, de ese firmamento espléndido en que reinaba el sol de Carlos V.

Quienquiera que conozca las condiciones sociales i políticas de la España, sus provincias tan diverjentes, sus pueblos de raza, historia i lengua aparte, el aislamiento en que han vivido de las pasiones democráticas i niveladoras del siglo, su poca ilustración, su escasa riqueza, su decadencia industrial, no puede considerar allí la república, esta la mas difícil i la mas perfecta de las formas de gobierno, como una creación del convencimiento, una idea del pueblo, una mira preparada de antemano por sus publicistas i sus hombres de Estado.

En España la república no es una tradición, ni es una eólera: no es una leyenda del pasado, ni una venganza en el presente.

En Francia la revolución de febrero fué el eco pálido del grito de 1789, i la asamblea nacional la segunda palabra de la convención.

En Inglaterra la república, el Commonwealth de lord Fairfax i de lord Protector, fué el castigo de Carlos Stuardo I, i la lección fecunda i ejemplar de los príncipes de la casa de Hannover.

En Italia Garibaldi, Mazzini i Manin, han soñado lejitimamente con un régimen de gloria que restituya a Florencia Pisa, Génova i Venecia, las ahora aldeas de Amalfi i de Luca, i tantas otras capitales en otro tiempo gloriosas, el esplendor de los dias de Albizzi, de Dandolo, de Doris, el dominio del Mediterráneo, la conquista de Levante, el emporio de la riqueza i de la ilustración de Europa.

La España no tiene en su historia, larga memoria de veinte siglos, una reminiscencia de república, ni la despedida de su reina i dinastía haceo temer un castigo, o una venganza. Monarquía en los abertijos, provincia de imperio despues, monarquía árabe mas tarde, monarquía austriaca, monarquía borbónica en los últimos tiempos, la España ha hecho su historia en los alcázares de sus príncipes, i su pueblo la ha leído en la vida pública i privada de sus reyes i de su corte, en sus grandezas i en sus miserias.

En España el castillo de Toledo, el palacio de Valladolid i el convento rejío del Escorial han sido el teatro unico de la iniciativa i de la energía nacional. Allí, en el misterio del gabinete, se han dictado las leyes que rejian en media Europa i en América, i de allí han salido las inspiraciones del jénio i las órdenes del crimen i de la incapacidad, las victorias i los desastres, la riqueza i la miseria del pueblo.

En esta monarquía despótica, formada por la perfidia de Fernando V, la grandeza de Carlos i el brazo de hierro i alma implacable de Felipe II, Padilla i Lanusa, últimos hombres libres, restos de las antiguas cortes independientes, suben al cadalso, i entronizan junto con los palaciegos a los Torquemada, los Espinosa, los Lerma, los Godoi, los faros de la Inquisición contra toda conciencia libre, los corruptores de toda moralidad política social, de rei i de pueblo.

Desde entonces el alcázar del rei ha sido foro i parlamento, asiento de la soberanía i de la justicia, árbitro unico de la lei, centro i orijen, causa i efecto, punto de partida i punto de mira de todas las iniciativas creadoras e inteligentes de un gran pueblo. Fuera de ahí no habia derecho, ni voluntad, ni acción alguna lejitima. Fuera de ahí abyección, el auto de fé, el circo de toros, la galera i la hoguera: elementos de gobierno en la ausencia del derecho, pasatiempos en defecto de industria, amenazas i suplicios en castigo de toda tentativa de libertad, de toda aspiración a levantar al pueblo de su abatimiento i atonía.

Este régimen, nacido en la edad media, cimentado en tiempos de prostración universal, ha caminado durante tres siglos i ha llegado hasta la segunda mitad del XIX!

“Cuando se medita, lo hemos dicho una vez, en la historia de España desde Felipe III a nuestros dias, cerca de trescientos años de mal gobierno, favoritismo, displicencia i régimen despótico, se de asombrarse cómo los pueblos de la península han podido despertar de su letargo con algun patriotismo, alguna dignidad, alguna ilustración. Cualquiera otra nación no habria escapado a la prueba de tan angustiosa tortura.

Las victorias de Filipo i de Alejandro distarían como el hueso las libertades i la independencia de las democracias de Grecia. El trina-

do de Enrique VII costó a Inglaterra dos millones de escudos. El duche de Luis XIV: “el Estado no es yo”, dejó a la Francia trémula i aterrada hasta la mañana del 14 de julio de 1789. Las disposiciones de ese príncipe arruinaron por un siglo su reino i acarrearón dos bancarotas nacionales.

En España todo soberano ha sido hasta Isabel II un Julio César en dictadura, un Enrique VII en despotismo, un Luis XIV displicente i arbitrario.

Así como ha habido en otros países una serie de príncipes fundadores, ha habido en España una serie de soberanos destructores. Cada cual ha quitado al Estado una piedra de sus cimientos: uno sus conquistas, tal sus tesoros, otros su moralidad, aquellos su administración, todos las libertades i las garantías del ciudadano.

¿Hay quien se admire de la rápida decadencia de la España. Nosotros nos maravillamos de la firmeza i solidez de la fábrica, cuando pensamos en el número i el poder de los demoledores.”

¿Estado ahora el sufrimiento, arrancadas las últimas raíces de la dinastía i del trono, lanzada Isabel del Escorial con su corte de parásitos, de jesuitas, de los corruptores seculares de la nación, los Claret, las Patrocinio, los impostores que se asilan al altar de verdad, i los intrigantes que esconden su miseria bajo el manto de púrpura de la reyesca, abatida por la tempestad esta vieja fábrica de mentiras, de absorción, de despotismo: ¿Cuál será, nos preguntamos, el nuevo destino de la nación española? ¿Se echará en brazos de los pretorianos de palacio que han hecho mil revoluciones en obsequio de una ambición mesquina, de un grado, de un puñado de domesticidad de corte, de un necio título de nobles? ¿Llamará a formar una democracia, un régimen de libertad, de expansión, de ideas, a los hombres de Vicálvaro, a los antiguos conspiradores que se han ofendido de ver en palacio otra influencia que su influencia, la toga en lugar del sable?—Prim, Espartaco, Ochoa, Serrano, los autores o los auxiliares de la actual revolución, militares todos de mas o ménos mérito, batalladores resueltos i ágiles, no han desecollado jamás como políticos amantes de las libertades del pueblo. No hai en ellos la elevación de un Lafayette, ni el victorioso desprendimiento de un Washington. Allí hai amos, no servidores del pueblo.

Acaso los estadistas de la revolución se imaginan hallar la solución del conflicto en una dinastía francesa, de Orleans o de Bonaparte.

¿Quimera! Un príncipe francés no lleva a España incrustada en su corona la ilustración i el espíritu de su pueblo.

¿Iria un hombre, no iria la Francia. Hai Pirineos, i los hai todavía mas altos en el sentido moral que en el sentido material de la palabra. Un Bonaparte en España seria escudado en Europa, terror en los gabinetes, i una impotencia en la península.

Al rededor del nuevo astro jirarian los forzados sadélites de una vieja monarquía, el abuso, la cortezanía, el monopolio de la ciencia, de la enseñanza i de las ideas, una grandeza indijente avida de las migajas de la mesa real, un clero político i mal cristiano aspirante a dominar el oído del príncipe, al confesorario de las espléndidas fragilidades, los consejeros i jentil-hombres cesantes, los lacayos baldíos de la cámara del príncipe, los intrigantes de mitra, espada i blason que ha dejado ociosos el desaparecimiento temporal del teatro de sus ambiciones i de sus cabalas.

Hé aquí lo que llevaria hoy a España un príncipe francés, Orleans o Bonaparte, lo mismo que a principios del siglo XVIII lo llevó el nieto de Luis XIV: miserias monárquicas francesas sobre miserias monárquicas españolas, los escándalos de Versalles sobre los escándalos del Escorial, el absolutismo militar i burocrático sobre el absolutismo de inquisición i de terror, los suavos sobre la santa hermandad, el régimen de prevenciones, de plebiscitos arrancados con la punta del sable, de mordazas de boca i prensa, sobre las reales cédulas, las letras de marcos, los monopolios, las colusiones administrativas, los motivos de palacio i demas arraigados abusos de la reyesca del Escorial.

Donde quiera que se tienda la vista, en las combinaciones de la diplomacia, o en las tradiciones de la historia, no se halla una solución monárquica para la actual revolución de la España.

La nación tendrá que buscarla forzosamente en la república.

La república en España, si no es una reminiscencia, o un castigo, será un ensayo, una prueba, una fatalidad.

Cuando se ha probado sin éxito la virtud de todos los viejos sistemas, echarse en brazos de la fortuna es una audacia jenérica que puede llevar a puerto. Por otra parte, ¿quién no conoce los desprendimientos, las nobles abnegaciones, los heroísmos, las iniciativas creadoras de la democracia i de la libertad? ¿No ha sido ella, i eso que la tenemos a medias, tímida, amenazada, combatida, la que ha hecho de esta colonia de Chile, antes oscura i pobre, despoblada e ignorante, un Estado próspero i rico de las riquezas de la industria, del trabajo i de la ilustración? No es la libertad la que ha formado de la Béljica, herencia secular de los Hapsburgos, una nación que llama el respeto i el aplauso de los colonos que la rodean? ¿No es la libertad la que ha creado en Norte-América ese pueblo incomparable de poder, de energía, de ilustración, que está destinado a minar i a abatir las potencias de la mentira, del sable i de la tradición, i a dar nuevos horizontes i mas nobles vias a los pueblos del viejo i del nuevo mundo? I no es, por fin, la anseñala de la libertad, venida en el campo de Yllalar, aprisionada en las cadenas de la inquisición i en el convento-palacio del Escorial, la que ha postrado a España, despojándola de sus conquistas, abatida las energías nacionales, desterrado las ciencias i la industria, i reducida, despues de tres siglos de sufrimiento, a mil servidumbres de corte i de estado que han acablado por la segunda con-

valación de la ruina de la dinastía i del trono? En la democracia i en la república, i solo allí, está para la España la esperanza del orden i del buen gobierno, de la libertad i de la paz; i si no es en el momento, o lo ménos despues de algunos años de corrección de las viejas abusos, de una purificación, digámoslo así, de las miserias inveteradas de una monarquía largo tiempo impune i de un pueblo largo tiempo humillado.

En España, como en Francia, la república será el asote de los traficantes del templo i del Estado, el vendabal que avienta las economías del absolutismo i de la inquisición. Ella hará desaparecer los lacayos de corte, monopolistas, los vendedores de gracias, los viciosos de provincia, los Verres espoliadores de Cuba i de Filipinas, los títelos de una noblesza fivola i sin patriotismo, las anatas, blasones, infanzagóns, órdenes, cintas, bandos i demas emblemas inventados por los tiranos para envilecer a sus súbditos abatidos. Ella, la república, desterrará las ligaduras de la palabra hablada i de la palabra escrita, abolirá la censura previa, el fuero privilegiado, los tribunales de excepcion, los procedimientos inquisitoriales, reales patrimonios, reales impunidades, reales cesantías, reales estafas, las conusiones i manejos de los parásitos de corte i de ministerio, las sinecuras, las cesantías, las encomiendas, las simonías de los fariseos del altar, las influencias de los Claret i de los Patrocinio, toda esa carcoma de una monarquía gótica envejecida en el abuso i en la superstición.

La república, si no funda así una democracia en España, hará posible un gobierno tolerable, una monarquía liberal i constitucional, algo que prepare en el porvenir el goce de la más bella i difícil, de la sola forma de gobierno digna de hombres libres.

Saludamos con amor i esperanza a la república española.

Chile ha luchado con una corte venal, absolutista, dominada por palaciegos sin conciencia ni patriotismo: no ha declarado la guerra, ni en sus manifestos ni en su corazón, a la nación que ha poblado nuestro territorio, que nos ha legado su lengua, su relijion i algo de lo que ella posee de cultura i de civilización.

Nadie mirará con el placer de nosotros, leales enemigos de un mal gobierno, nunca de un pueblo, un progreso libertades de que esperamos el crédito del régimen republicano, el triunfo de la democracia, el robustecimiento de la raza latina, en Europa i en América, i la victoria de la justicia de los pueblos en su eterna lucha con la arbitrariedad de los gobiernos.

Que locción esta catástrofe del trono de los Borbones!

¿Qué ejemplo para los malos gobiernos!

¿También qué castigo providencial! La mano que incendió a Valparaiso, ciudad indefensa, víctima sin resistencia posible, es la misma que ha derribado la monarquía que dió i a intencional orden del bombardeo.

La espada que llevó a Méjico un imperio, destruyó allí una república de derecho i de justicia, es la que ha hecho jirones el manto de púrpura de Isabel, i ayudado a la creación de una república en plena Europa, en la tierra del Escorial i de Felipe II.

Quedó una bomba, en las naves incendiarías, para quemar el trono donde se inspiró i se aplaudió la barbarie del 31 de marzo!

Los militares, los pro-conules de la monarquía i del absolutismo, que trajeron sus naves cargadas de proyectiles i de odio contra la libertad, han llevado, en noble venganza de la América, las larvas fecundantes de la república i de la democracia.

Las flotas españolas condujeron a Europa una república!

Jamás se ha trasportado mas noble pasajero, carga mas bella, ni cuando la carabela Maria soltó anclas en el puerto de Palos, con Cristóbal Colon a su bordo; ni cuando fundaban en las aguas de Cádiz los galiones que llevaban el oro del Perú, los tesoros de Méjico i las especerías de ambas Américas.

Guillermo el Conquistador esclamaba en la batalla de Hasting: un caballo! un caballo! la mitad de mi reino por un caballo! El arzobispo de Santiago ofreció ahora la mitad i mes de la mitad de su prestigio por una veigañeta.

Nosotros, sinceros creyentes en el dogma de la libertad, no le negamos el derecho de hacer de lo suyo lo que mas le plazca.

Si hai un error en esa empresa, si el asajo del báculo por la espada es un mal negocio, cumplimos con un deber de benevolencia dando nuestra opinión; mientras tanto esto basta por lo que respecta a nosotros. Por otra parte, los ultramontanos son infalibles; i los caminos ordinarios de la lógica i del buen sentido fallan tratándose de ellos,—lo que humanamente hablando es claro como la luz del dia, anjelicalmente hablando es oscuro como la noche.

Si decís a los ultramontanos que los ricos monárquicos, que los que tienen palacios i libras, que los que reniegan del dogma de la igualdad entre los hombres i de la soberanía de los pueblos, que los que defienden con fusiles de aguja una doctrina de paz, que los que se arman con los reyes para oprimir a las naciones, que los que representan la intolerancia, la fuerza i el misterio, no son muy parecidos a los predi-cadores de la pobreza, la tolerancia, la igualdad, la injenuidad, el desprendimiento i la paciencia, se reírán de vosotros i os tacharán de herejes, de impios i de camisas rojas, o bien de pedantes, de filósofos a la violeta, de imbéciles i de stúpos.

Vosotros direis con todo candor que humanamente hablando, la razón está de vuestra parte i que basta tener ojos para ver.

Pero os responderán: victoriosamente que en las cuatro palabras que habeis pronunciado hai mil disparates. Humanamente hablando es claro i no cabe duda que lo que a nosotros atañe se verifica mediante resortes que no son humanos! Tenéis razón en decir que esta racionalidad tanto peor para vosotros si tenéis razón: la razón sola sirve para pelear a los cobardes. Tenéis que para ver? por? por? no lo